



El Campeón del Amor

Esther Ralston

Richard Dix



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

4

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

THE QUARTERBACK 1926
El campeón del Amor

Interesante comedia americana,
interpretada por los célebres artistas
RICHARD DIX, ESTHER RALSTON, ETC.

Es una Producción PARAMOUNT

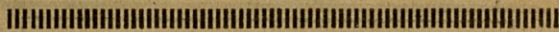
EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, IMPRESOR

CORTES, 719 - BARCELONA



El campeón del Amor

Argumento de la película

Allá en el otoño de 1899 los estudiantes de una ciudad americana dedicaban toda su atención y entusiasmo al juego de futbol "rugby" entre los equipos del Colegio Colton y de la Universidad del Estado, los dos implacables rivales.

Elmer Stone defendía con entusiasmo los colores del Colegio Colton. Y cierta tarde, durante la celebración de un partido, ponía toda su alma para lograr la victoria.

Entre el inmenso gentío que presenciaba la fiesta estaba una hermosa mujer que decía a una compañera:

—Le he prometido a Elmer que me casaré con él si el equipo de Colton gana el partido... ¡Y vamos a ganar!

Su augurio fué inútil. Al acabar el juego, el marcador indicaba este resultado: Estado, 4; Colton, 0.

Nuevamente el equipo de Colton experimentaba las hieles de la derrota, un fracaso que se venía prolongando desde hacía algunos años.

Cuando hubieron salido los últimos espectadores que comentaban la actuación de los dos equipos, Mary se dirigió al encuentro de Elmer.

—Mary—le suplicó él con triste acento—. Hemos perdido... no pudimos evitarlo. Pero si te casas conmigo ahora, te prometo que no me saldré nunca de Colton hasta que hayamos derrotado al Estado, y que perteneceré siempre a ese club estudiantil...

—Acepto, Elmer... te quiero...

Y la derrota de aquella tarde fué endulzada por la miel del amor.

Pasaron unos meses. Elmer y Mary se casaron y se establecieron definitivamente en aquella ciudad, cerca del colegio Colton, dispuestos a presenciar algún día el triunfo de su club. Pero tras los meses vinieron los años, sin que la victoria llegara...

**

Y pasaron veinte años. La mala suerte que perseguía al equipo de Colton no le soltaba, y Elmer Stone, a fuer de hombre de palabra, continuaba aguardando la victoria. Era ya padre de un muchacho de diez y nueve años, un chico robusto y fuerte como un atleta. Durante aquel tiempo había muerto Mary, la inolvidable esposa.

Jack Stone, el hijo de Elmer, ingresó un día como alumno en el Colegio Colton. Su padre le acompañó una tarde por los hermosos campos de deporte, que muchos años antes habían presenciado su actuación.

—Quiero que ingreses en el equipo de futbol de Colton. Vas a comenzar tus estudios, pero una cosa no impide la otra, y deseo que formes parte

del Colton y lo llesves al triunfo. Lo que yo no pude hacer, estoy seguro de que te está reservado a ti.

—Pero, papá—contestó el muchacho—: usted sabe que aquí no voy a disponer de tiempo para jugar al



...le rompieron el sombrero...

futbol, pues quiero ganarme los estudios trabajando.

—No te excuses. Cuando yo estudiaba tenía horas libres para jugar. Tú puedes hacer lo mismo...

Jack sonrió con su aire tímido, de muchacho que por primera vez visita una Universidad.

Unos estudiantes al ver el aire quieto y asustado de Jack, se dispusieron a divertirse a su costa.

—Vamos a darle la bienvenida al novato del sombrero de paja—dijeron.

Y acercándose a él, le zarandearon, le rompieron el sombrero, abofeteándole, con la franca libertad del compañerismo, separándolo de su padre y llevándolo en hombros por la calle.

—Por favor, señores... —decía Jack, entristecido.

Elmer Stone quedó inmóvil en su puesto, al ver como su hijo se tambaleaba sobre los hombros juveniles de sus compañeros. Aquella alegría le recordaba sus tiempos mozos.

Los estudiantes, en su alborozo, habían llegado a la esquina de una calle. Uno de ellos, viendo que se acercaba una mujer vieja y fea, dijo, riendo:

—Vamos a obligarle a dar un beso a la primera muchacha que cruce la esquina.

Le vendaron rápidamente los ojos, a pesar de sus energicas protestas:

—Por el amor de Dios—gemía Jack—, sean ustedes compasivos con un hombre que no ha besado a ninguna mujer en su vida.

—¡Esto le hará cambiar de suerte!—gritó un compañero—. Y ya la tiene usted ahí... ¡Corra a abrazarla, si no quiere que nos vengamos!...

Jack tuvo que resignarse, y poniéndose en la estrecha acera, esperó a que llegase la desconocida, que necesariamente tendría que toparse con él.

Pero quien pasó en aquel momento, adelantándose a la vieja, fué una chica monísima, una verdadera preciosidad.

Jack, impidiéndola a ciegas el paso, la abrazó y estampó un beso en mitad de la boca. La muchacha, sorprendida, se detuvo, sin comprender la extraña broma.

Los estudiantes se murieron de envidia. ¡Ah, el afortunado! En vez de los labios secos de una anciana, la flor de una boca juvenil...

Rojo de vergüenza por su atrevimiento, Jack se arrancó la venda de sus ojos, y al ver a la hermosa muchacha, quiso balbucir una excusa:

—Usted perdone, señorita... Si no hubiese tenido los ojos tapados, me habría guardado muy bien de besarla. Yo no tuve la culpa, me obligaron...

La muchacha sonrió, y comprendiendo que era aquella la novatada tolerada con resignación, acabó por sonreír.

—Bien... bien... queda usted perdonado... Supongo que usted es un nuevo compañero, ¿no?

—¿Es usted estudiante, señorita?

—Sí... Luisa Mason, de la Universidad del Estado...

—Yo soy Jack Stone, del Colegio Colton...

Luisa interrumpió bruscamente la conversación al ver acercarse un automóvil que conducía Daniel Walters, capitán del equipo de fútbol "rugby" de la Universidad del Estado. Separándose rápidamente de Jack corrió hacia el coche y subió a él.

—No sé cómo no le dí en las narices, por atreverse a besarte—dijo Daniel, que había presenciado la escena.

—No seas bobo... No estuvo tan mal como te imaginas.

El coche partió lentamente... Jack Stone lo vio alejarse, con curiosidad, sin poderse quitar de su imaginación el recuerdo de aquella mujer y del beso.

Un libro en el suelo le llamó la atención. Era una gramática latina, que llevaba en la primera hoja el nombre de Luisa Mason. Indiscutiblemente se le habría caído a la muchacha.

Y Jack emprendió rápida carrera detrás del auto,

con el ánimo de devolver a la joven su objeto perdido.

El auto le llevaba gran ventaja. Luisa descendió, yéndose al pabellón donde vivía. Daniel Walters siguió todavía algunos metros en su coche hasta detenerse frente a su internado.

Jack, agitado por el cansancio, llegó algún tiempo después, y llamó a la casa ante la que el auto se había detenido. No sabía que Luisa se había apeado antes.

Daniel le abrió la puerta, violentamente.

—Oiga, amigo—le dijo con malos modos—: ¿no sabe usted que al novato que se le pesca en los terrenos de la Universidad del Estado, le cuesta caro?

—Yo no he venido a hablar con usted, sino a devolver un libro que se le ha perdido a la señorita Mason.

—A ver... ¡Caramba!—dijo, apoderándose del volumen— Una gramática latina... Ya se la entregaré yo mismo.

—No... yo soy quien ha de dársela...

—¡Márchese usted de aquí, estúpido...!

Pero los dos, durante la discusión, habían penetrado en la casa, y comenzó entre ellos una lucha terrible para apoderarse, cada uno, del libro.

Los estudiantes rodaron por el suelo, acometidos por los más feroces celos.

Acudieron otros compañeros del Estado dispuestos a ayudar a Daniel contra Jack, pero éste, hábil y listo, logró recuperar el libro y salir de la casa.

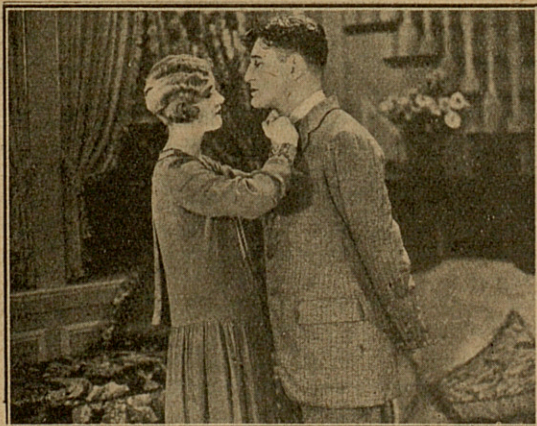
Ya en la calle, preguntó dónde estaba el pabellón femenino y se dirigió a él.

Daniel sentía una gran predilección, casi amor, por Luisa. Y no toleraba que nadie se atreviese a

poner los ojos... y menos los labios, sobre la muchacha.

—Hemos de dar su merecido a ese imbécil—dijo. Y salieron en su persecución.

Jack llamó a la casa de Luisa. La muchacha apa-



—¿Le gusta a usted el latín?

reció en la puerta y se sorprendió al ver al estudiante.

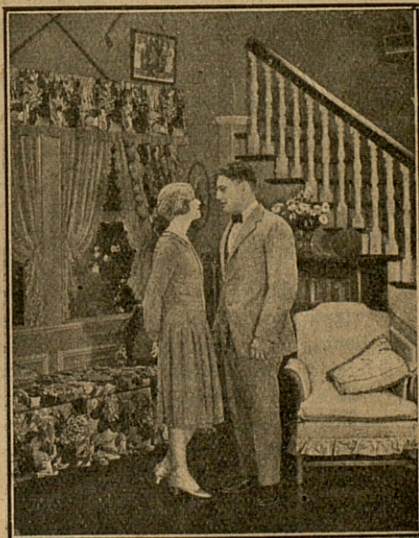
—Le traigo a usted este libro que perdió—dijo Jack—, y al mismo tiempo, quiero darle otra vez una satisfacción por haberla besado.

—¡Oh, no hablemos ya de ello!...

Le obligó a entrar en un saloncito... Jack se contempló en un espejo cercano, y al ver deshecho el nudo de su corbata por la lucha anterior, se apresuró

a arreglársela, y Luisa acudió en su auxilio, con dulce interés.

—¡Oh, gracias, gracias!—dijo él, y luego agregó:



—Por supuesto, usted jugará al fútbol...

—¿Le gusta a usted el latín? A mí las declinaciones me sacan de quicio. No puedo con él...

—Pues a mí me gusta tanto, que hasta les doy lección a mis compañeras...

—Si yo tuviese una maestra como usted, estoy seguro de que le perdería la antipatía que le tengo al latín—dijo él, entre tímido y audaz.

—Tendría mucho gusto en ayudarlo —respondió, sonriente, ella—; pero como usted sabe, a los novatos de Colton les está prohibido pisar los terrenos de la Universidad del Estado.

—Conozco a los muchachos del Estado, y estoy seguro de que les gustará verme por aquí—respondió, tranquilamente.

—En este caso, tendré mucho gusto en ayudarlo en el latín... ¿Qué le parece si nos viésemos el viernes por la noche?

—Encantado.

—Por supuesto, usted jugará al fútbol... ¿no?

—No he jugado aún, pero jugaré...

—Me gustan los muchachos que cultivan el deporte...

Ella se levantó, dando por terminada la entrevista. Y Jack, contento de aquella aventura que le permitía relacionarse con una muchacha tan hermosa de la Universidad del Estado, se dirigió hacia su colegio de Colton, no sin antes esquivar el encuentro con los alumnos rivales, que llenos de odio, esperaban darle una paliza.

*
**

Stone no tardó en ingresar en el equipo de fútbol "rugby" y una mañana se hallaba en el campo con su flamante uniforme, esperando que le tocara el turno de entrenarse.

Aunque su primer propósito fué el de negarse a jugar, a pesar de los requerimientos de su padre, ahora un motivo desconocido para todos le obligaba a entrar en el equipo. Luisa había asegurado que le

gustaban los hombres deportistas y Jack se disponía a ser un buen jugador.

Lumpy Groggins, otro estudiante, era el capitán del equipo del Colton. Pero muchacho pobre, tenía que trabajar para poder sufragarse los estudios.

Al ver a Jack, le dijo:

—¿No fué usted el que ganó la carrera de cien metros con el equipo del Colegio de Pleasant Valley?

—Sí, señor—agregó sonriente el mozo, que en otros colegios había sido deportista.

—Bueno... agarre el balón, Jack... y veamos para qué sirve...

El novel estudiante cogió la pelota y comenzó a realizar una serie de pasos en los que si no había la menor perfección, existía la promesa de un espléndido futuro.

—No hay duda de que ese chico es ligero—comentó el capitán—. Me parece que este año los del Estado tendrán que calzarse patines si quieren ganar...

—Oiga, Stone—dijo, llamándole—, ¿qué le parece si se quedaba después de practicar, para darle unas cuantas lecciones particulares?

—¡Oh, no es posible! —respondió Jack—. Yo tengo que buscar trabajo para pagar mis estudios... no puedo derrochar mi tiempo en lecciones...

—Escúcheme... Yo me encuentro como usted, soy también pobre, he de vivir... Necesito un ayudante para distribuir a los estudiantes las botellas de leche por las mañanas... ¿Acepta usted el puesto?

Jack no vaciló... Como necesitaba dinero para sufragar los gastos de los estudios, aceptó, reconocido, el ofrecimiento:

—Sí... sí... muchas gracias...

Y aquella tarde Groggins entrenó a su compañero,

convenciéndose de que había en él materia de gran jugador.

Y a las tempranas horas de la mañana siguiente, Groggins y Jack fueron a repartir la leche a las casas de los estudiantes, dejando los botes ante las puertas.

Únicamente un pensamiento atormentaba a Jack: ¡Que Luisa no se enterara... que ella no lo supiera nunca!...

Aquella mañana Jack llamó a la Sociedad "Kappa Psi Betta", cuartel general de los alumnos más distinguidos de la Universidad del Estado, para dejar a su puerta los botes de leche.

Pero al hacerlo tropezó con unos cubos, y el estruendo despertó a los estudiantes, que salieron a la ventana a averiguar lo ocurrido.

Jack sintió la humillación de no ser como aquellos estudiantes ricos, de tener que convertirse en servidor suyo.

Pero no importaba; tenía ya un oficio para costearse los estudios. Y le quedaba, además, tiempo para jugar al fútbol.

Los estudiantes reventaron de risa al verle.

—¡Qué casualidad! Pues si es aquel novato del sombrerito de paja, el que nos trae la leche... Hemos de tomarle el pelo...

Y esperaron la ocasión para hacerle sentir los pinchazos de sus burlas. Pasaron unos días. Llegó el viernes, día señalado para que Luisa diera la lección de latín al estudiante de Colton.

Daniel y sus compañeros, enterados de ello, prepararon una de sus bromas.

La criada recibió sonriente a Jack. También el muchacho le había traído la leche todas las mañanas.

—Le ví a usted esta mañana—dijo riendo—. Se olvidó de los recibos de la leche.

—Le suplico que no diga una palabra a nadie acerca de lo de las botellas de leche.

—Descuide, señor...

Llegó Luisa con su sonrisa agradable de fina mujer.

—Vamos a comenzar en seguida la lección de latín... Siéntese usted...

El muchacho estudió, complacido, la lectura de aquella prosa latina, que adquiría, en labios de Luisa, un encanto singular...

—La traducción es fácil—explicó ella—. Dice así: El ejército de César, carecía de leche...

Jack se turbó. ¡Oh!, ¿sospecharía...?

—¿Quiere usted oír una poesía muy linda?—le dijo Luisa.

—Me pasaría la vida escuchándola a usted.

—Oígame:

*"Yo haré que las aguas del arroyo
reflejen en sus ondas nuestro amor..."*

—¿Verdad que es bonita?

—¡Preciosa!

Y miró a Luisa de tal modo, que ésta no supo si el adjetivo había sido para el verso, o en honor de ella.

—Con el tiempo, le gustará a usted el latín... Yo seguiré enseñandoselo. "Veni et pro collegio labora", lo cual quiere decir: "Venga a trabajar por su colegio".

—Lo que es esta noche, el colegio no me interesa un comino.

—"Veni et pro me labora"—respondió ella, con una sonrisa clara.

—¿Qué quiere usted decir?

—Venga a trabajar por mí...

—¡Ah, por usted... sí, sí... todo!...

Jack miraba complacido a la muchacha. Se sentía atraído hacia ella con todos los entusiasmos del primer amor. Y a Luisa no le parecía desagradable aquel alumno del Colegio rival...

Un grupo de estudiantes entró, riendo, en la habitación. Lo capitaneaba Daniel, y todos llevaban una botella de leche en la mano.

—Voy a avisarles a mis amiguitas que están ustedes aquí—dijo Luisa, saliendo del cuarto.

Los estudiantes, con grandes risas, comenzaron a levantar en alto las botellas. Jack se sentía humillado... ¡Ah, antipáticos, crueles!

Volvió Luisa con algunas muchachas.

—¿A qué se debe tanta afición a las botellas?—preguntó Luisa, riendo.

—Deje que se alimenten—contestó oportuno Jack—que los nenes están en la lactancia.

Daniel sintió el dolor de la sátira. ¡Era vivo aquel Jack!

Iba a salir. Daniel se acercó al fonógrafo, y fué a poner una pieza en el aparato. Riendo, mostró a Jack el disco, y después de señalar a Luisa, le hizo leer la inscripción de la placa:

"Cuando estemos solos esta noche..."

Melodía - Trío

Jack comprendió; aquel tuno parecía darle a entender que Luisa era la novia de Daniel. Y riendo, cogió el disco y el reverso de la placa le dió adecuada contestación...

"Naranjas de la China"

Melodía - Trío

Y poniéndola en el fonógrafo, se esparcieron por la sala las notas de un alegre baile. Jack, mirando altivamente a Daniel y a sus compañeros, cogió a Luisa y bailó con ella, mientras los demás estudiantes dancaban con las otras chicas. Daniel rabiaba íntimamente... ¡Tenía deseos de aplastar el cráneo a aquel muchacho de Colton!

Mientras bailaban, Jack, que había adquirido ya cierto aplomo en su trato con los estudiantes del Estado, dijo:

—Esta noche no hemos adelantado mucho en nuestro latín... ¿Puedo volver mañana por otra lección?

—Mañana no será posible—respondió ella—. A las seis de la mañana tengo que salir para Owensburgo, pues tomo parte en los concursos de la feria... Por cierto que nos hace falta un corredor que compita con Hudkins en la carrera de cien metros... ¿Por qué no va usted y me hace quedar bien?

Jack se acordó de que a aquella hora estaba ocupado en su oficio de repartidor de leche, y respondió:

—No podría salir a las seis de la mañana... El entrenador me obliga a dormir hasta las ocho.

—¡Qué lástima!

—Tal vez otro día pueda ayudarla...

La velada duró todavía unas horas... Jack marchó de allí, contento, sintiendo que su corazón comenzaba a tener un tirano: el amor... Y Daniel y sus amigos guardaban para el intruso de Colton un odio sin límites...

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Jack Stone, acompañado de Groggins, iba en el carro de la leche a repartir su mercancía.

El muchacho llevaba rápidamente a las puertas las

botellas de leche, con el temor de que algún día le descubriera Luisa. Groggins, entretanto, servía otra demarcación del barrio.

Iba a dejar la botella en la casa de su enamorada, cuando topóse frente a frente con Luisa Mason.

—¡Usted!—le dijo ella, sonriente.

El muchacho procuró ocultar las botellas en los bolsillos del pantalón.

—Ya veo que al final se levantó usted temprano para hacerme “quedar bien”—dijo ella, creyendo que Jack había ido a buscarla.

Jack, avergonzado, temiendo que ella descubriese su humilde oficio—prosiguió el equivoco.

—Oh, sí, señorita... Dió la casualidad de que el entrenador se fué a pescar y he podido levantarme temprano.

—Pues no perdamos tiempo... marchemos en seguida a Owensburgo.

El caballo uncido al carrito de la leche, seguía, con la fuerza de la costumbre, a Jack...

Luisa, extrañada, exclamó:

—Parece que ese caballo le está siguiendo...

—¡Qué raro! No sé por qué—dijo él, intranquilo.

Subieron a un automóvil. Al pasar cerca de una valla, Jack pudo tirar las dos botellas comprometedoras.

El coche partió con toda rapidez. Jack pensó un momento en el entrenador. ¿Qué diría Groggins al ver que él había desaparecido?

El caballo pretendió correr unos momentos tras Jack; pero como el auto le ganase mucho terreno, decidió con resignación filosófica esperar a Groggins.

Una hora después, Luisa y Jack llegaban al campo de deportes de Owensburgo.

Se celebraba una fiesta de caridad e iba a efectuarse una importante carrera de cien metros.

Jack, accediendo a los deseos de su amiguita, consintió en tomar parte en aquella competición con Hudkins, un corredor profesional.

Los dos hábiles atletas corrieron velozmente por la pista, pero Jack logró ganar a su contrario.

Luisa estaba entusiasmada con el éxito de su amigo. Con su máquina fotográfica le retrató poco después de la carrera, para tener un recuerdo del triunfo.

—Es usted admirable, Jack... corre usted como pocos...

El presidente del Jurado, señor Watkins, se acercó a felicitar al vencedor.

—Tenga usted estos doscientos dólares, que le pertenecen, por haber ganado la carrera—le dijo.

El, a pesar de la falta que le hacía aquel dinero, respondió:

—No siendo corredor profesional, no me es posible aceptar el dinero, señor...

—Esto le honra a usted mucho...

Y una gran ovación coronó el gesto del joven.

Después, Jack y Luisa se dispusieron a regresar a la ciudad. Apenas hablaban, saboreando cada cual la emoción de la jornada.

Antes de subir al automóvil para el regreso, pasearon por los hermosos campos en primavera. Jack se sentía herido por el amor al lado de esta compañera. Y también Luisa experimentaba por él las torturas deliciosas del primer cariño. ¡Qué pena únicamente que fuera del equipo contrario, qué dolor...!

—Con lo rápido que es usted, es una verdadera

lástima que pierda el tiempo miserablemente en un equipo como Colton...

—¿Que pierda el tiempo?—preguntó él, extrañado.

—Sí. Colton no le ha ganado un partido de fútbol al Estado en veintisiete años.



Le retrató poco después de la carrera...

—¿Quién sabe si este año le ganará?

—No se haga ilusiones... Daniel Walters me dijo confidencialmente que el equipo del Estado ganaría al de Colton por muchos tantos.

El sonrió... Contempló sobre el pecho de la muchacha el distintivo de la Universidad del Estado. Y formuló un atrevido proyecto:

—Dígame, ¿si Colton gana al Estado, se quitará

usted este distintivo y se pondrá el mío, el de Colton?

Ella le miró con sus hermosos ojos claros.

—Si Colton gana al Estado...—dijo, riendo. Y luego, súbitamente, añadió—: “Veni et pro me labora”.

—Ya recuerdo... Esto quiere decir: “Venga a trabajar por mí”.

—Esto es... ¿Comprende?... Pero yo soy del Estado...

Un sentimiento de pena invadió al joven. ¡Cambiar de equipo, de color!... Pero, ¿qué no haría él por la hermosa y encantadora muchacha?

Anduvieron unos minutos en silencio. Antes volvieron a retratarse. Al coger la máquina, cayósele a Jack una chapa que ella se apresuró a coger. Sin que su amigo, ocupado en mirar el objetivo, lo viese, leyó su inscripción:

—“Entrega de leche a domicilio. Repartidor 21.”

Con todo disimulo ocultó el disco en su bolso... Había descubierto que Jack era un muchacho humilde... Pero esto no fué motivo de desunión, sino lo contrario. Le encantó este muchacho trabajador.

Volvieron al automóvil, emocionados por la suavidad del paisaje, por la hermosura de su amor.

—Luisa—murmuró él—: ¿Es verdad que yo le intereso... un poco...?

Y ella, mirándole, queriéndole llenar del secreto de su corazón, le respondió:

—Sí, Jack...

El la acarició, y Luisa apoyó su cabecita en el pecho de aquel hombre fuerte y de alma de niño...

**

Pasaron algunos días. Jack tuvo que dar amplias explicaciones a Groggins por el abandono de que le había hecho objeto. ¡No quería que Luisa se enterase de que él era un humilde repartidor!

Todas las mañanas a las seis, Jack y su compañero, recorrían la demarcación con su servicio de leche. A las ocho acababan su labor, y comenzaban entonces los entrenamientos para el inminente partido entre los dos equipos de Colton y del Estado.

Sin darse cuenta, se encontró Jack en la víspera del gran encuentro de fútbol "rugby", que tenía lugar una vez todos los años.

Groggins reunió a todos los estudiantes que formaban el equipo de Colton, y les dijo:

—Os he entrenado como se entrena un equipo... Mañana sabremos si todo mi trabajo ha servido para algo, o no. Con su rapidez, buen tiempo y el campo seco, Colton no puede perder el partido. Y ahora, a descansar, y a no perturbarse por nada...

Y mientras esto ocurría, el grupo de estudiantes del Estado tenía también su reunión.

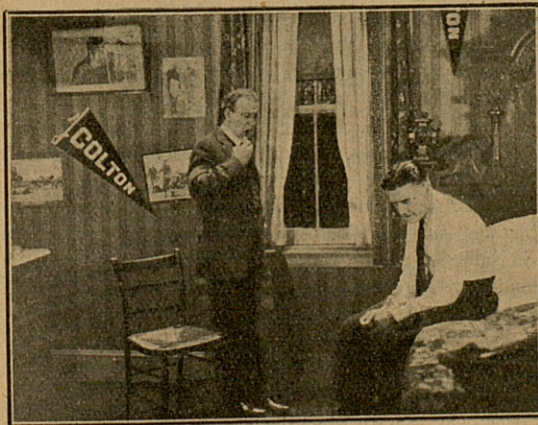
—Todo esto que hablan de la rapidez de Stone, me revienta—decía Daniel, ante sus amigos, entre los que le escuchaba Luisa Mason—. Cuando yo le agarre por mi cuenta, no habrá velocidad que valga.

—¿Me va usted a decir ahora que el muchacho que le ganó la carrera a Hudkins es lento?—protestó Luisa.

—¿Cuándo venció él a Hudkins?

—Yo misma saqué esta fotografía de cuando él ganó en Owensburgo.

Y le mostró un álbum en que estaba el retrato de Stone en el momento en que el presidente del Jurado le entregaba el premio de doscientos dólares.



—Si tú quieres, Colton ganará el juego.

La sombra de un mal pensamiento cruzó por la imaginación de Daniel. ¡Ah, demonio! Jack había percibido dinero por una carrera, y esto era simple motivo para que no pudiese jugar en un combate entre estudiantes... Calma... calma... podría anular perfectamente a su rival.

—Es verdad—dijo con disimulo—, habrá que poner toda el alma para ganar...

Luisa le volvió despectivamente la espalda, y él aprovechó este momento para arrancar del álbum

el comprometedor retrato y guardárselo en un bolsillo.

Después, los estudiantes se retiraron con ánimo de descansar para afrontar con éxito al siguiente día la gran batalla.

Y allá en su cuarto de estudiante de Colton, Jack recibía la visita de su padre.

—Entre las muchas y grandes promesas que le hice a tu madre antes de su muerte, fué la de que tú permanecerías en el Colegio Colton hasta que Colton venciese al Estado... Mañana es el día decisivo. Si tú quieres, Colton ganará el juego. Tienes valentía suficiente para hacerlo.

El muchacho vaciló unos instantes. Se sentía desalentado, entristecido. ¡Ay, el equipo del Estado era precisamente el de Luisa! ¡Ganar, era vencer a la amada!... Pero... ¿y el deseo de su padre... y la promesa a la madre muerta?

—Sí, papá, aunque tú no sabes lo que esto me cuesta... jugaré como un león por los colores de Colton.

—Así te quiero yo, hijo mío... un verdadero héroe...

Y le abrazó cariñosamente, pensando en que lo que no había podido hacer él, estaba reservado a su hijo.

**

A la mañana siguiente, la ciudad colegial entera despertó con gritos de entusiasmo. Iba a celebrarse la prueba anual, la definitiva entre los dos equipos rivales.

Pero el periódico traía una noticia de última hora,

verdaderamente sensacional, que leían los estudiantes por las calles con una emoción indescriptible:

"Jack Stone no tomará parte en el juego de fútbol entre Colton y Estado.

Después de arduas investigaciones, se ha descubierto que Jack Stone, "quarterback" del Colton, tomó parte en la carrera de Owensburgo por el dinero del premio, lo cual le descalificará para jugar el partido de hoy, siendo además expulsado del equipo."

Y para apoyar la afirmación, publicaba el retrato de Jack, entregado a los periódicos por Daniel.

—¿Qué os parece de Stone?—comentaban unos estudiantes—. No podía haber escogido mejor ocasión para poner en ridículo a su colegio...

—Con ese ganarán fuera del equipo, no hay nada que impida al Estado ganar el juego—dijo Daniel Walters.

Daniel, que sonreía por su triunfo, al ver pasar por la calle a Luisa, se acercó a ella. La muchacha, que conocía lo ocurrido, exclamó, furiosa:

—Daniel Walters, usted me quitó ayer el retrato de Jack. Su conducta para con Jack y para conmigo, es la de un hombre indigno.

—¡Vamos! ¡Qué fiel se mantiene usted al equipo del Estado, en vísperas de su victoria!

—Lo que me interesa, a lo que soy fiel, es a la verdad—gritó ella, furiosa—. Voy a Owensburgo a hablarle al presidente del Jurado, señor Watkins, para probar que la acusación que se le hace a Jack, es una infame calumnia.

Y subiendo a su automóvil, partió rápidamente, mientras en los labios de Daniel se dibujaba una sonrisa de ira. ¡Ah, había logrado aniquilar a Jack,

pero no conseguiría borrar el interés que Luisa experimentaba por el otro!

Entretanto, Jack con Groggins y otros compañeros de equipo, leía el diario que traía la fantástica noticia.

Un dolor profundo hería el corazón de Jack. ¡Aquel retrato era el que le había hecho Luisa! ¡Verse traicionado así, por la mujer que adoraba!

—¡Jamás habría creído que Luisa Mason pudiese ser capaz de semejante cosa!—decía, desconsolado.

—Stone, con estas pruebas acusadoras, no puede usted jugar...

—Pero yo no he percibido un centavo... Si consigo probar que no acepté el premio, ¿podré jugar?

—Naturalmente, ¿pero qué pruebas podrá usted sacar contra las tremendas que le acusan?

—He de arrancar la verdad, confesarle que ha mentido... Ella lo sabe...

Y marchó rápidamente hacia el pabellón de Luisa.

—La señorita Mason salió hace un momento—dijo la camarera.

Entonces comprendió Jack que únicamente le quedaba como supremo recurso ir a ver al señor Watkins y contarle la verdad. Pero... estaba Owensburgo lejos y el partido iba a comenzar dentro de poco. Ya se dirigían al inmenso estadio las masas palpitantes de entusiasmo.

Le pidió a un muchacho su Ford y él se lo condujo de buen grado. Con el pequeño auto corrió a toda marcha hacia Owensburgo.

El padre de Jack había leído también el desconsolador suelto e iba al campo de juego... ¡El miserable Jack, cometer una tontería así!

Había llegado a Owensburgo Luisa Mason, con el ánimo generoso de salvar a su amigo. Entró como

un cohete en casa del señor Watkins, y le mostró el periódico.

—Usted que sabe que Stone no aceptó el dinero, ¿por qué no viene conmigo a decírselo a los que le acusan?

El buen señor Watkins aceptó, y subiendo los dos al coche, emprendieron el regreso.

Unos momentos después llegaba Jack Stone a casa del señor Watkins y una aldeana zafia le decía:

—El señor Watkins salió hace poco con la señorita Mason, para probar a alguien que alguien aceptó el dinero y que por esto o por lo otro no puede jugar.

Jack la contempló con desconsuelo... ¡Luisa había ido allí! ¡Ah, no sería, probablemente, para salvarle, sino todo lo contrario. Tal vez quisiese también comprar al señor Watkins...

Y disgustado, apenado, regresó hacia la ciudad... ¿Qué diría su padre? Y luego la terrible pena de la traición... esto le dolía más que nada...

Y mientras tanto, allá en el estadio, los partidarios de uno y otro equipo se lanzaban requiebros, aguardando nerviosamente la señal del árbitro para comenzar el juego.

La indignación entre los partidarios de Colton contra Stone era inmensa.

El capitán del equipo decía a los jugadores:

—¡Muchachos: Stone nos ha hecho una trastada, pero vamos a ganar sin él!

Y allá, en grupo aparte, los jugadores del Estado, capitaneados por Daniel Walters, no podían ocultar su satisfacción por haberse deshecho de su peligroso rival.

Iba ya a dar comienzo el partido, cuando el señor Watkins y Luisa, que antes de ir al estadio habían

pasado a visitar al rector de la Universidad, comunicándole la verdad de lo sucedido, llegaron al campo.

—¿Está Jack Stone en el estadio?—preguntó ella.

—No sé—respondió un empleado.

—Pues haga el favor de entregar esto al entrenador de Colton—dijo, dándole un papel.

Luego, nerviosa, Luisa fué a ocupar un sitio en la tribuna; deseaba ver salir cuanto antes a su amigo.

Groggins leyó la nota que acababan de entregarle:

"Acusación falsa. Stone tiene derecho a jugar.

J., PIERCE HUDSON,
Rector."

—¡Magnífico!—dijo, entusiasmado—. ¿Pero dónde está Stone? ¡A ver si se le encuentra!...

Stone estaba lejos de allí... El entrenador y los partidarios de Colton le buscaron por el estadio, sin hallarle...

Y había llegado la hora del partido, y era necesario comenzar...

Unos chiquillos advirtieron a Groggins que ellos habían visto mucho antes a Stone dirigirse en auto por el camino de Owensburgo.

—Id por la carretera, a ver si lo halláis—les dijo Groggins, desesperado.

Y los pequeños, partidarios entusiastas de Colton, corrieron hacia el camino indicado.

Entretanto, había comenzado el partido, y el equipo del Estado atacaba con el calor del optimismo. Pronto inauguraron el tanteador, y el resultado del primer cuarto fué: Estado, 7; Colton, 0.

Allá en su delantera, Luisa se moría de angustia. ¿Por qué no jugaba Jack? ¿Qué le sucedía?...

No deseaba el triunfo del Estado, que era su Club, sino del otro, del Club de su amigo...

Y no muy lejos de allí, el señor Stone maldecía el recuerdo de su hijo.

—¡Arriba, Estado...! ¡Bravo...! ¡Hip, hip...!—gritaban los partidarios de este Club.

Uno de los chiquillos había corrido a la carretera, al albur, pensando hallar algún rastro de Jack.

De pronto vió en medio del camino un auto Ford abandonado. Tal vez Jack no estuviese lejos de allí.

Lo encontró allí cerca. Estaba sentado en el camino, con una gran tristeza en el corazón, llorando la pena de su abandono... Había creído en una mujer, y el ídolo le traicionaba... ¡Qué dolor!

El chiquillo le dijo:

—Señor Stone, vaya al campo de futbol en seguida, que le esperan para jugar...

—¿A mí?

Y llevado del deseo de servir a su Club, sin comprender las causas de aquel cambio de situación, se dispuso a volver al estadio. ¿Qué habría ocurrido? Pero aunque se descubriera la verdad, aunque volviera por sus fueros, nunca podría olvidar la conducta indigna de Luisa.

Notaba que le faltaban los entusiasmos, arrestos suficientes para alcanzar el triunfo. Haría un mal papel.

Poco después, en el auto, llegaba al estadio y Groggins le abrazaba con entusiasmo.

—¡Gracias a Dios! Vaya corriendo a ocupar su sitio. Con usted en el juego, no me cabe duda que el equipo va a ganar. ¡Animo, muchacho, y buena suerte!

—Sí... sí... haré todo lo posible...

Y triste, con el alma vencida por la traición de la mujer, corrió a ocupar su puesto entre sus compañeros.

Al verle aparecer, una ovación entusiasta resonó entre los partidarios de Colton.

—¡Aquí está Jack Stone! ¡Viva el gran Jack!

Y todos aplaudían, y su padre sentía que se humedecían sus ojos, y Luisa Mason prorrumpía en exclamaciones de contento. ¡Bien por Jack, bien por el valiente! ¡Qué le importaba el Club del Estado! Quería que Jack venciera...

En el equipo del Estado, la aparición de Jack cayó como una bomba. ¡El allí! ¿Cómo era posible, después de la descalificación?

—¡Hay que poner fuera de combate a ese Stone, cueste lo que cueste!—dijo Daniel a sus compañeros.

Y el juego, interrumpido en unos momentos de descanso, volvió a reanudarse con mayores bríos.

—¡Arriba ese valor, Jack!—le dijo Groggins—. ¡A ellos con toda el alma!

Y comenzó el juego, que fué adquiriendo caracteres brutales, de caza del hombre, y no del balón.

Los del Estado caían sobre él con feroz odio, y muchas veces Jack se vió obligado a retroceder... No jugaba con valor, con ánimo. Pronto lo notaron sus amigos. Perdió varias veces el balón... aparecía distraído, como si una idea lejana le martilleara el cerebro.

—¡Qué calamidad!—gritaban los partidarios de Colton—. ¿Pero qué hace ese Stone? Nos ha hecho perder ahora doce metros...

Los del Estado avanzaban y Jack parecía sin fuerzas para contener el empuje. ¡Oh, desilusión!

—¿Pero, qué haces, Jack?—le dijo Groggins—. ¿Qué has hecho de tus piernas?

—¡Estoy perdido, Groggins!—le respondió—. ¡No me lo esperaba de Luisa! ¡Aquella traición...!

Daniel y los suyos avanzaban contra el equipo de Colton, y Daniel cayó sobre Jack, derribándole en tierra y haciéndole mucho daño.

El pobre muchacho quedó sobre el barro, casi sin aliento...

Y allá en la tribuna, Luisa se desesperaba. ¡Jack, Jack, adelante!

Jack fué trasladado a un rincón del campo, para ser socorrido. Le habían llevado cerca de la tribuna donde estaba Luisa.

—¡Jack! ¡Jack!—le gritó ésta.

Luisa se olvidaba de que pertenecía al Estado, para desear únicamente el triunfo del muchacho que había sido traicionado y a quien ella quería... El amor está sobre todo.

El levantó los ojos, vió a aquella mujer. Y escuchó de sus labios estas palabras:

—¡Jack! "Veni et pro me labora" Venga a trabajar por mí.

Algo pasó por el corazón del mozo. ¡Aquellas palabras... aquella voz! ¡Trabajar por ella!... Entonces... ¿qué ocurría allí? ¿Era inocente Luisa?... ¡Por ella, luchar... por ella, todo lo olvidó... Aquella invocación al deber, le electrificaba.

Y levantóse repentinamente, y sonriendo a la amada, cuyas palabras pareció absolverla de su supuesto pecado, corrió hacia la lucha, pareciendo revivir en él el jugador heroico.

Pareció otro. Entró en el juego con un entusiasmo delirante. Logró apoderarse del balón y avanzar, mar-

cando unos ensayos. Resurgía, ya no era campeón del Estado, ni de Colton... sino del amor...

—¿Qué le habrá ocurrido a Stone? ¡Qué valentía! ¡Vuelve por sus fueros!—decían las gentes.

Y el tanteador, que en aquel momento marcaba 10 a 0, a favor de Estado, pronto señaló 10 a 7.

El entusiasmo cundía. Daniel y los suyos, enfurecidos, luchaban con ahinco, pero sus esfuerzos eran inútiles en comparación con el entusiasmo de sus contrarios. Poco después, ya señalaba el tanteador 10 a 10... Y algo más tarde, a pesar de los rudos esfuerzos de Estado, Colton adquiría la victoria al finalizar el partido, con el resultado de 13 a 10 a su favor.

—¡Stone... Stone!... ¡Viva Colton!...

Y las ovaciones, guirnaldas de emoción, llegaban hasta los de Colton...

Daniel y los suyos abandonaron el campo con la tristeza de la derrota. ¡De nada habían servido, pues, los indignos procedimientos! ¡Ah, al cabo de veintisiete años, Estado era vencido, por primera vez!

Fatigado, sucio, aniquilado por los golpes de la lucha, Jack sonreía en medio del campo.

Allá en la tribuna, su padre lloraba de emoción. ¡El sueño dorado! ¡Vencer a Estado! ¡Y había sido su hijo...!

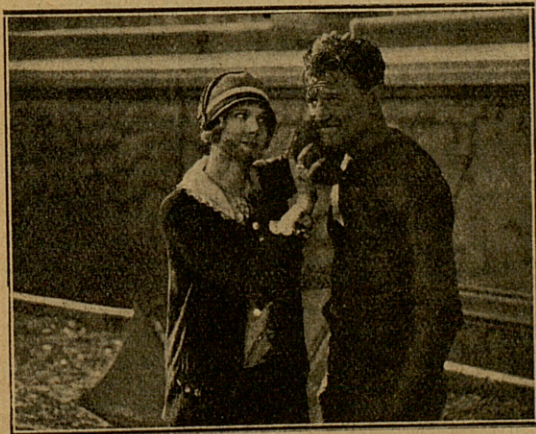
Luisa saltó al campo, entre el gentío, y se acercó a Jack. Sonrió alegre, dichosa, y estampó en sus labios un beso, manchándose la cara del barro que había en la de él. Luego le enjugó con una esponja.

—¡Oh, Jack!—le dijo—. Le felicito. Supongo que no va usted a creerse culpable... Fué Daniel quien se aprovechó del retrato, y yo he sido quien ha logrado su rehabilitación... ¡Y gracias, Jack!... Me

alegro de que hayan vencido sus colores... Yo era del Estado, pero no me importa; usted merecía vencer, porque era la lealtad, porque le habían traicionado...

El, emocionado, balbuciente, le cogió las manos.

—¡Y dudé de usted!... ¡Dios me perdone! Gracias,



—...supongo que no va usted a creerse culpable...

bonita, porque a usted le debe mi equipo la victoria... No tenía ya ánimos para nada. Pero sus palabras de que laborase por usted me dieron fuerza... Y ahora, chiquilla, ¿cumplirá su promesa?... ¿Se acuerda? Recuerde que me prometió que se quitaría el distintivo del Estado y se pondría el mío.

—¡Ah, es verdad!—dijo ella, riendo—. No me acordaba. Aquí tiene el mío...

Y sacándose alegremente un distintivo del bolso, se lo colocó en el pecho, y Jack leyó, asombrado:

"Entrega de leche a domicilio. Repartidor 21."

Y él, riendo al verse descubierto, pero feliz por la sonrisa de su novia, le estampó un beso de amor en los labios...

Ya nada podría separarles... Sobre la rivalidad de los equipos deportivos, el amor ponía su poder inmortal.

Al día siguiente Daniel era expulsado de la Universidad por su conducta indigna, y los dos jóvenes saboreaban la dicha de su amor sin obstáculos...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

Reclutas sobre las olas

por
WALLACE BEERY,
RAYMOND HATTON,
etc.

LA NOVELA PARAMOUNT
SALE TODOS LOS MARTES

Precio: **25** cénts.

